

## 5. La emergencia del Estado de seguridad en el Ecuador

Roque Espinosa

Este breve artículo tiene por objetivo llamar la atención sobre la emergencia y, posiblemente, la persistencia del Estado de seguridad en Ecuador. Se basa en un trabajo que culminé en 2018, elaborado para la Comisión de la Verdad instaurada en 2008. Aquel texto inédito, titulado “La emergencia del Estado de seguridad en el Ecuador 1960-1980”, sirve de referencia para este trabajo.<sup>1</sup> Al presente texto no he integrado nuevas fuentes históricas, ni introducido nuevas preocupaciones sobre el tema (excepto al final, en las conclusiones). Mi interés es, únicamente, posicionar algunas de sus ideas centrales.

### ECUADOR EN LOS PRIMEROS AÑOS DE LA DÉCADA DE LOS SESENTA

#### I

A comienzos de los años sesenta del siglo XX no era motivo de preocupación social la seguridad. Esta adquirió cierta resonancia a finales de la década, sobre todo, en los cerrados cónclaves militares. A comienzos de la década del sesenta sí era motivo de preocupación social, por el contrario, el tema de la defensa, debido a que José María Velasco Ibarra, candidato presidencial y, poco después, presidente de la república (por sí y ante sí) declaró la nulidad del Protocolo de Río de Janeiro con el que se cerró en enero de 1942, la guerra con la vecina república del Perú.

¿De dónde surgió esta idea? No es el momento de aclararla o discutirla, sino de llamar la atención sobre el tema, dada la importancia que, en mi criterio,

---

1. Roque Espinosa, “La emergencia del Estado de Seguridad en el Ecuador, 1960-1980”, documento perteneciente a la base documental de la Comisión de la Verdad, Ecuador, 2018.

adquiere en la sociedad ecuatoriana, durante esos complejos años. Al respecto dos anotaciones:

1. Para comienzos de la década del sesenta, la sociedad ecuatoriana no se había repuesto del golpe atroz que significó que su territorio fuera cercenado (de un plumazo y ante la debilidad de un gobierno al que se consideraba traidor) en alrededor de la mitad, según una tesis histórica defendida por Ecuador. Era un trauma que arrastraba y que se expresaba en una frase que circulaba en todas partes de la sociedad y que expresaba que la “herida” propiciada por el “Caín de América” seguía abierta.

Por tanto, cuando irrumpió (una vez más) en el escenario político la figura carismática del doctor Velasco Ibarra e impulsó la tesis de que del Protocolo (escrito por unos garantes internacionales que forzaron al débil canciller ecuatoriano a firmar un documento sin “ningún” valor legal, así dijo Velasco en la campaña presidencial), una de las consecuencias fue declarar que los patriotas comprometidos debían lanzarse a recuperar el Oriente. Esto, sin duda, movilizó de manera beligerante a una parte importante de los ecuatorianos. No solo eso: el tema de la guerra y la defensa se convirtieron en asuntos que estaban en el orden del día, lo cual puso de manifiesto que los compatriotas estaban dispuestos a marchar en defensa de la Patria, si es que se trataba de ir a la guerra para recuperar un patrimonio.

En este contexto, los militares (que no incidieron en el debate político del momento y que, más bien, miraron con sorpresa el giro que adquirió la campaña electoral que había de llevar al poder al sucesor de Camilo Ponce Enríquez), y a los que la sociedad ecuatoriana consideraba como los “perdedores directos” de la Guerra del 41, se sintieron llamados a participar de este esfuerzo y, como era natural, en todos los temas relacionados con la defensa. A partir de ese momento y por circunstancias completamente eventuales se reactivaron, pues, las Fuerzas Armadas, y terminaron apropiándose de los asuntos de la defensa.

2. Un aspecto que —en mi criterio— no se debe dejar pasar, al respecto, son unas declaraciones poco afortunadas que el candidato destacado por el liberalismo en las elecciones del sesenta, el cual tratando de poner de relieve su propuestas de que el Ecuador debía concentrarse en la modernización del país (es decir, implantar avances tecnológicos sin introducir importantes transformaciones sociales) que ya había puesto en marcha durante su administración, había señalado durante su anterior gestión, lo que, más tarde, le fuera enrostrado durante la campaña. Galo Plaza dijo,

al parecer, el Oriente es un mito.<sup>2</sup> Y esta frase dicha y repetida de manera insistente en los distintos círculos y corrillos sociales, no solo que tuvo un efecto político contrapuesto, sino que desató la ira de una masa para la que era sensible el tema Oriente y que, desde sus propias privaciones, se habían aglutinado contingentemente, alrededor de la figura y discurso del doctor José María Velasco Ibarra.

## II

Debido al giro de la campaña electoral de los años sesenta y a las comprometedoras declaraciones del presidente de la República sobre la nulidad del Protocolo de Río de Janeiro (que alarmaron a los países garantes, al punto que se suspendió la Conferencia Panamericana que se había previsto que se realizaría en Quito), la sociedad ecuatoriana a comienzos de la década estaba —por decirlo de algún modo— conmocionada y atravesada por una marcada efervescencia social. Sobre todo, porque en los últimos años se pusieron en evidencia varios hechos sociales que, en esa época, aparecieron como convergentes:

- a) Se demostró que más allá del velasquismo (compuesto por una difusa masa social) habían surgido movimientos radicales, entre ellos el CFP, que tenía una marcada base clasista y, entre su horizonte compartido de intereses, reivindicaba el acceso a la tierra urbana y a la vivienda, así como la lucha frontal contra las trincas oligárquicas que controlaban en Guayaquil la política y los negocios.
- b) Pero, además, se comprobó que la Revolución cubana había causado un gran impacto en ciertos sectores sociales, tales como, jóvenes, trabajadores industriales, trabajadores agrícolas de la cuenca del Guayas (arroceros, sobre todo), estudiantes, empleados del Estado, es decir un abigarrado conglomerado de sectores de la clase media que hicieron del cambio social radical (la revolución) su reivindicación fundamental y a partir de la cual empezaron a forjar sus demandas y a estructurarse y reestructurarse organizativamente.

---

2. Al respecto, Enrique Ayala Mora sostiene: “Esta frase se le adjudicó y enrostró a Galo Plaza Lasso, presidente de la República entre 1948 y 1952. La verdad es que nunca la dijo así, pero las aclaraciones no sirvieron. Plaza quedó signado con la afirmación [...]”. Y en otro momento insiste en señalar que Galo Plaza “Impulsó el desarrollismo con fuerza y se preocupó por la agricultura, especialmente, de exportación. Fue entonces que advirtió que las supuestas potencialidades agrícolas del Oriente no correspondían a la realidad, eran un mito, debido a la imposibilidad de cultivos intensivos y a las distancias [...]”. Enrique Ayala Mora, “El Oriente es un mito”, Galo Plaza, frases que hicieron historia, *Primicias*, 9 de julio de 2022.

Hay que recordar que, a partir de 1958 surgen y se redefinen nuevos y viejos movimientos de izquierda, entre ellos URJE (Unión Revolucionaria de Juventudes del Ecuador) que iba a tener una enorme trascendencia en los años sesenta del siglo XX; el “refundado” Partido Socialista Revolucionario; el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); el PCMLE (Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador), entre otros. Todos estos movimientos se caracterizaron por tratar de hacer efectiva la revolución. De hecho la discusión ya no era si esta era o no necesaria, sino cuál era la ruta más adecuada para lograrla.

Siguiendo el ejemplo de Cuba y de otros países, algunos optaron ideológicamente por el marxismo y por la adhesión a alguna de las alternativas políticas dentro de ese vasto y convulso campo que era el comunismo internacional. Sin embargo, todos se reconocían como internacionalistas y su lucha como parte de los movimientos revolucionarios de otros países de América Latina y del mundo.

### III

La Revolución cubana, sin duda, causó gran alarma en los sectores dominantes de América Latina, en las reticentes oligarquías locales que manejaban los poderes fácticos (sociales, culturales, políticos económicos), en los recalitrantes sectores “tradicionales” que, dentro de las realidades regionales, controlaban férreamente las relaciones culturales, las prácticas sociales, las mentalidades de los trabajadores, en algunos casos, a través de instituciones coloniales.

En el caso ecuatoriano la conmoción fue muy profunda. La Iglesia católica, a través del cardenal, tempranamente expidió pastorales y llamados a los fieles en los que, en términos poco menos que apocalípticos, hablaba de los peligros del comunismo internacional. Además, instruyó a los sacerdotes para que, desde el púlpito, la prensa y las radios católicas, se declarara la guerra al comunismo por su negación del carácter divino de “Dios, nuestro Señor” y de su hijo, Jesucristo; y la persecución a curas y monjas. La Compañía de Jesús acogió esta idea y la aplicó en la red de colegios que dependían de la orden, entre otras circunstancias, porque buena parte de los sacerdotes extranjeros domiciliados en Ecuador eran españoles (algunos de los cuales habían estado en la guerra civil) y seguían la línea del Caudillo. Pero las instrucciones del cardenal se derramaron ampliamente y de manera imperceptible por medio de los grupos y corporaciones que desde el viejo Régimen se habían constituido, tales como, los grupos de oración y de ejercicios espirituales de acuerdo al calendario católico, los grupos pastorales y de preparación para el bautismo, la primera comunión, la santa muerte, etc. Lo propio ocurría con los responsables de mantener vivo el culto mariano en comunidades, barrios, anejos, o de cuidar y vestir las

imágenes divinas. Se trataba de una red de relaciones que se activaron desde la Iglesia católica e hicieron más eficaz la lucha contra el comunismo.

Todo este esfuerzo de la Iglesia católica, como es obvio, fue reconocido y aplaudido por los sectores dominantes tradicionales, las oligarquías locales, hacendados y terratenientes de la Sierra y de la Costa, élites conservadoras que no querían admitir la necesidad de introducir reformas sociales y peor en la propiedad de la tierra. Todo lo cual introdujo un factor de tensión social que se sobreañadió a la tensa situación social existente por la gestión del nuevo presidente de la República y, poco después, de su vicepresidente, electo por el Congreso.

Lo cierto es que a comienzos de la década de los sesenta del siglo XX el escenario político estaba bastante caldeado por diversas circunstancias que se han destacado, en particular, la reemergencia del tema de la guerra con el Perú y, sobre todo, la cuestión cubana. Esta última adquirió una nueva dimensión cuando el gobierno de los Estados Unidos hizo presencia en el campo internacional e impuso a los diversos países del continente un horizonte y unas líneas de acción para enfrentar el asunto de la Revolución cubana que se volvió su arista crucial.

#### IV

La cuestión cubana fue mirada en el marco de la Guerra Fría y en las cada vez más tensas relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética, sobre todo, después de que Fidel Castro se adhirió al bloque de países del Este. En este contexto, y tomando como referente, sobre todo, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), la política estadounidense consideró que el continente estaba amenazado por un enemigo que había dejado de ser externo y que se había convertido en interno. Era ya no una amenaza externa, sino una amenaza interna para el continente y para la democracia de los países de la región. Por tanto, siendo Estados Unidos un país esencialmente democrático, empezó a considerar que era necesario conjurar por todos los medios la amenaza del comunismo internacional.

Por ello, empezó a “hacer gestiones” de manera aislada, y a través de la OEA, para tomar medidas compartidas (aisladas y en bloque) con los países del continente para enfrentar esta amenaza. A este “esfuerzo”, y a pesar de las presiones internacionales, no se unió inmediatamente el Ecuador (lo cual merece una investigación más exhaustiva). Sobre todo, después del viaje del vicepresidente Carlos Julio Arosemena a Moscú, en donde fue objeto de toda clase de atenciones. Igualmente, una vez que Arosemena subió al poder, a través de una suerte de golpe de Estado fraguado en el Congreso Nacional e, inicialmente, apoyado por las Fuerzas Armadas, no estuvo dispuesto a aceptar —al menos esa es la idea